

Necrografía de un líder inmortal: Pablo Iglesias

Necrography of an immortal leader: Pablo Iglesias

Reseña de: De Luis Martín, Francisco, *Pablo Iglesias. Muerte y memoria de un mito*, Córdoba, Almuzara, 2021.



JUAN MIGUEL ARRANZ ARRANZ

Universidad de Salamanca

juanarranz@usal.es

Francisco de Luis Martín, autor de la obra aquí reseñada y Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Salamanca, ha centrado su trayectoria académica en estudiar el socialismo español desde la óptica de la historia sociocultural. Puede identificársele, por ende, como continuador de Manuel Pérez Ledesma, José Álvarez Junco y otros historiadores del movimiento obrero importadores, en los años setenta y ochenta, de innovaciones historiográficas de la tercera generación de *Annales* —el interés por las mentalidades— o del marxismo británico —la concepción thompsoniana de la clase como *fabricación*, como un proceso de socialización de la identidad obrera—. Ha abordado especialmente la labor societaria de las organizaciones socialistas (la Federación de Trabajadores de la Enseñanza, la Fundación Cesáreo del Cerro, las Casas del Pueblo, etc.), sin haber pesado tanto en su *corpus*, en comparación, las grandes individualidades (con excepciones parciales como ediciones de textos de Juan Almela Meliá o un capítulo de libro sobre Tomás Meabe). Sin embargo, su última publicación viene a realzar, precisamente, al mayor protagonista en el devenir del socialismo patrio: su fundador, Pablo Iglesias Posse (1850-1925).

Sobre este había ya numerosos estudios que lo son por igual de las primeras décadas del socialismo español, dada la estrecha ligazón de ese movimiento político-sindical a quien tanto hiciera por su difusión doctrinal e implantación militante en el tercio final del siglo XIX y el inicial del novecientos.

Los primeros en dar cuenta de ello fueron Julián Zugazagoitia, Juan José Morato y el aludido Almela Meliá; eran estos no solo socialistas, sino cercanos a Iglesias —sobre todo el último, que era su hijo putativo—, al cual biografiaron, además, en los años

inmediatamente sucesivos a su fallecimiento, el 9 de diciembre de 1925. De modo que puede adivinarse que sus retratos no se distinguen por su imparcialidad.

Hubo que esperar a fines del Franquismo para que se escribiera sobre Iglesias y el conjunto del socialismo hispano de forma ecuánime, huyendo tanto del anatema franquista lanzado sobre ellos como de la mitificación. Pero los trabajos pioneros en ese sentido de Santos Juliá, Santiago Castillo o el citado Pérez Ledesma, entre otros, no solventaron la necesidad de una biografía propiamente dicha desde la historia profesional. Llenarían ese vacío *Pablo Iglesias. Socialista, obrero y español* (2007)—epitomado en 2015 como *Pablo Iglesias (1850-1925). Una vida dedicada al socialismo*— y *Pablo Iglesias* (2009), de Gustavo Vidal.

La indudable calidad de esos textos no menoscaba que su posicionamiento favorable —en absoluto reprochable en sí mismo— a la figura y la obra de Iglesias se exprese tal vez demasiado indisimuladamente en ocasiones, resultando algo soslayados algunos episodios no muy brillantes —por obra propia o ajena— en la trayectoria del biografiado, bien que seguramente por la dificultad de conocer adecuadamente los hechos en el momento de redactarse esas biografías. Nos referimos a trances como la muerte por cólera de la hermana de Iglesias, durante su infancia; o al del hijo ilegítimo de Almela Meliá con una criada contratada por Iglesias, a la cual este despidió y abandonó a su suerte, pese a acoger al niño años después. Rescatar del olvido esos ángulos oscuros permite una comprensión más honda de la personalidad estudiada, que entraña por igual sus dimensiones pública y privada.

Pues bien, es esta una primera cualidad subrayable del libro de Francisco de Luis, máxime cuando ni siquiera es una biografía al uso: tal género historiográfico estrictamente abarca tan solo el primer capítulo, que descubre los eventos mencionados. Realmente, el volumen funge —de forma notable— como lo que en su portada reza ser: un estudio de “la utilización política y las políticas de memoria del padre y fundador del socialismo español”. De modo que quizá nos encontramos aquí, más que ante una biografía, si se nos permite el término, con una *necrografía*; la primera elaborada, que tengamos noticia, de la figura histórica que nos ocupa, pues en las biografías antes citadas, el relato cesa al morir Iglesias, lógicamente. Son los capítulos con prevalencia de ese componente *necrográfico* los de mayor originalidad temática y en el análisis de las fuentes, eminentemente periodísticas; y son, por ende, los de mayor calidad.

De esos apartados queda patente por el capítulo dos —*La prensa ante la muerte de un símbolo*—, que concitaba Iglesias en el momento de fenecer un reconocimiento transversal a la magnitud —no tanto a la bondad— de su labor político-sindical: desde el integrismo católico de Manuel Sánchez Cuesta en *El Siglo Futuro* hasta el comunismo de Joaquín Maurín en *La Antorcha*, pasando por los órganos nacionalistas vascos y catalanes. Justamente los dos ejemplos ilustran que las voces monárquicas no fueron necesariamente más intempestivas que las más izquierdistas. De hecho, los encomios mayores a la austeridad y la honradez del “Abuelo” se concentraron en los sectores políticos más moderados. Hasta portavoces oficiosos

del Directorio primorriverista, como *La Nación* o *La Correspondencia Militar*, agradecieron al finado haber apartado al proletariado español del bolchevismo.

El tercer capítulo, titulado *Semblanzas y diferencias con la muerte de Maura*, prosigue con ese interesante acercamiento a los obituarios periodísticos circundantes a la desaparición de Iglesias, focalizándose en aquellos que lo contraponían con Antonio Maura, Expresidente del Consejo de Ministros, fallecido apenas cuatro días después que el preboste marxista. A este resultó generalmente favorable la comparación, al efectuarla mayormente cabeceras del liberalismo progresista, ponderadoras del propósito maurista de regeneración nacional, pero que achacaban asimismo al gobernante conservador una falta de talante y un personalismo que habrían malogrado su proyecto político. El de Iglesias, por el contrario, subsistiría a su desaparición, pues no era, al decir de esas valoraciones, “pablista”, sino puramente socialista.

El capítulo cuatro (*La cuestión sucesoria*), empero, apunta a que no debía de ser tanto así, cuando a la muerte del fundador no le siguió la transición apacible anunciada por la sucesión en la persona de Julián Besteiro. Quedaba, bajo esa apariencia, un vacío en el que comenzó a gestarse una pugna por el liderazgo socialista que implicaba al propio Besteiro y Francisco Largo Caballero (partidarios de colaborar con Primo de Rivera en la instauración de un régimen laboral corporativo), y a Indalecio Prieto (favorable a la unidad de acción con la oposición republicana). Del arranque de esta división del socialismo en facciones ofrece Francisco de Luis en su obra una perspectiva otra vez singular, gracias a su amplia panoplia de catas hemerográficas, con un nuevo despunte de los diarios progresistas (*El Liberal* o *Heraldo de Madrid*), así como de la defensa de Iglesias y de un discurso oficial de unidad y democracia internas por parte de *El Socialista* ante los rotativos de uno y otro extremo de las trincheras ideológicas.

El capítulo quinto —*Un ritual funerario religioso y de Estado*—, recalca en la reflexión del entierro de Iglesias en las crónicas, cuyo análisis, en este caso, no suele aportar grandes matices a la visión de un evento en cuyo relato no cabían quizá grandes divergencias más allá de en la cifra de asistentes al sepelio, usualmente menos generosa en las cabeceras derechistas que en las *avanzadas*. De entre estas, sí se encuentra en *El Socialista* —como era esperable y hasta comprensible— una tendenciosidad mayor, abundante en las caracterizaciones de raigambre católica, incluso crísticas, al añorado “maestro”.

Estas representaciones del “santo laico” Iglesias —propone De Luis, con autores como Carlos Forcadell o Santos Juliá— estribarían en el fundamento católico, justamente, del sentido común, de las cosmovisiones populares que, en un país escasamente secularizado como España, impregnaban el lenguaje político. De esas visiones glorificadoras se colegían, para el autor, una mayor cohesión interna en el movimiento, una infalibilidad de sus principios y su perdurabilidad en la “inmortalidad” de Iglesias y de la altura moral que le habría distinguido en vida. Un carácter virtuoso que sirvió para propagar la tan deseada imagen de respetabilidad que

inmunizara al socialismo frente a las frecuentes calumnias de que fue objeto, singularmente a través de la persona de su difunto líder. Y una integridad que se vertía igualmente en la misión de redención universal de partido y sindicato —cual Iglesia ambos—, que concernía ya no solamente a los trabajadores manuales, sino también a los intelectuales. Con tales premisas, la imagen de Iglesias sufriría en adelante una constante tensión entre dos extremos.

Por un lado, el ser base doctrinal de la unidad orgánica y militante que pretendía significarse con homenajes —las conmemoraciones del fallecimiento del dirigente ante su sepultura o las esculturas de Emiliano Barral, placas o calles en su recuerdo— como los que muestra el capítulo séptimo (titulado *Aniversarios, memoriales y celebraciones*). Esas, entre otras políticas de memoria de las que, como se sigue exponiendo en el capítulo octavo, se catalizó su ejecución durante la II República y la Guerra Civil, en la cual Iglesias llegó a ser presentado como un icono antifascista.

Por otra parte, se produjo una explotación facciosa de la imagen del “Abuelo”, que en la República se había continuado dirimiendo entre Besteiro, Prieto y Caballero, ahora reunidos los dos primeros en la derecha socialista frente al radicalismo del tercero; estos sectores trataron de sustentarse, respectivamente, en el Iglesias reformista y adyacente al liberalismo social de los últimos años —en el primer caso—, y en el joven tipógrafo de retórica netamente marxista y revolucionaria, en el segundo.

A partir de la proscripción franquista, la disputa la proseguirían los exiliados, reunidos esta vez en los bandos *negrinista* (agregado a Juan Negrín, presidente del Consejo de Ministros de la República de 1937 a 1939), y *prietista* (de Indalecio Prieto). Lograron los últimos, mediados los años cuarenta, la unidad en torno a sí y a una imagen de Iglesias como buen español, particularmente razonable en su producción desde la añoranza de la patria. La difundieron los números extraordinarios de *El Socialista* dedicados al fundador en los aniversarios de su natalicio y su deceso. Con igual fin destacó el volumen *Pablo Iglesias. El hombre, la obra, el ejemplo. En el centenario de su nacimiento* (1950).

El recobro de la democracia en España posibilitó los homenajes en territorio nacional y en libertad al promotor socialista. Pero también, como decíamos al comienzo, y gracias usualmente al mecenazgo de la Fundación y la Editorial Pablo Iglesias, una historiografía sería sobre el personaje homónimo, de lo que una última evidencia es la obra aquí analizada, enteramente redactada con sobriedad y pulcritud, y con una potente compilación de fotografías y reproducciones de publicaciones de las décadas recorridas. En el capítulo noveno concluye Francisco de Luis Martín que, si algún éxito tuvieron tan denodados esfuerzos socialistas en proyectar la memoria de su “maestro”, no solo a propios, sino a España toda, fue gracias a lo perenne de los más acendrados valores del “Abuelo”: la libertad, la igualdad o la solidaridad. Queda tras la lectura, así, una impresión globalmente amable con Iglesias y la necesidad de su

recuerdo, pero en absoluto partidista, como indica la mencionada alusión a aspectos benéficos y adversos del personaje por igual.